

era necesario elaborar; hay lógicas inconsistentes, basadas en la negación del principio de contradicción. Se puede muy bien hacer funcionar una lógica matemática negando el principio de contradicción —si hay aquí lógicos pienso que no me desmentirán— espero que no me desmentirán puesto que la elaboración de las lógicas matemáticas inconsistentes y la lógica del significante de Lacan, esa lógica que conviene al inconsciente, que no conoce la contradicción como decía Freud, la lógica lacaniana del significante es una lógica inconsistente, todo el álgebra de los términos de Lacan gravita en torno a la inconsistencia: Pues bien, espero que los lógicos venezolanos, si los hay aquí, no me contradirán puesto que la elaboración de las lógicas matemáticas inconsistentes se hizo particularmente en América Latina. La escuela brasileña, la escuela argentina y la chilena de lógica matemática, cuyo reciente simposio fue publicado, hace dos años, en la gran colección de lógica de North Holland, demostraron todos los recursos que podemos encontrar desde el punto de vista matemático en las lógicas inconsistentes. Lo que permite ver que hay más cosas en las ciencias que las que uno imagina. Resulta que Lacan elaboró una lógica inconsistente del falo; que consideró, muy fiel en esto a su maestro, Juanito, que el falo podía ser considerado como un predicado, y logró ordenar las paradojas freudianas de la castración a partir de una lógica inconsistente del predicado falo. Esto es algo que puede muy bien exponerse; pero siendo ya las 5:35 hs. debo interrumpir a fin de permitir un intercambio de preguntas. Gracias.

LA TRANSFERENCIA DE FREUD A LACAN

El tema de hoy es la transferencia de Freud a Lacan. Es ésta una expresión ambigua.

Se trata en primer lugar de la transferencia en tanto es el término que conceptualiza, según el consenso de los psicoanalistas, el *modus operandi* del psicoanálisis, el resorte mismo de la cura, su motor terapéutico y el principio mismo de su poder. Acentúo el hecho de que hay consenso entre los psicoanalistas pues es un hecho lo suficientemente raro como para que valga la pena subrayarlo.

La conceptualización de la transferencia de Freud a Lacan experimentó un cambio. Es también éste un hecho lo suficientemente importante como para ser subrayado, y si me permiten la expresión, como para que la buena nueva se difunda. Esta conceptualización ha cambiado y, no obstante, la conceptualización lacaniana es al mismo tiempo estrictamente freudiana. Intentaré demostrárselos en el transcurso de estas dos conferencias.

Lacan pone en el fundamento de la transferencia una función, inédita en Freud, la del sujeto supuesto al saber. Buscarán en vano esta función en la teoría freudiana de la transferencia y quisiera explicarles lo que la legitima. Ello exige hacer un rodeo en relación a la conceptualización de la transferencia en la historia misma del psicoanálisis. Pero también nos obliga a dar cuenta de la transferencia que nos hace poner hoy a Lacan en el lugar que antes fuera el de Freud: el que sabe de qué se trata en la experiencia del psicoanálisis. Para aquellos que tienen acceso a su enseñanza esta experiencia tiene un acento de verdad que es inimitable.

A quienes han leído a los analistas contemporáneos de Freud y sus alumnos, y también a los analistas de hoy, les hago una pregunta: ¿No tienen a menudo la impresión de que estos psicoanalistas, al mismo tiempo que utilizan las palabras de Freud para relatar su estadia en el campo que Freud fue el primero y el único en descubrir, que estos psicoanalistas muchas veces dan por supuestas las cosas? Nos aseguran que la castración, la pulsión, la transferencia ellos las han encontrado, las han manejado, y nos aseguran que efectivamente, son tal como Freud dijo. Pero, nosotros, no siempre estamos seguros de que los analistas hayan ido exactamente al mismo lugar que aquel adonde fue Freud. Son como viajeros que llegan de lejos y nos dicen: sí, sí vimos cómo era eso. No estamos demasiados seguros de que se hayan dado cuenta de lo que ocurría allí; en todo caso es un hecho que Freud, con respecto a los que seguían sus huellas, conservó una ventaja, que sigue teniendo, que se detecta en el hecho de que los psicoanalistas siempre están articulando su experiencia con los mismos términos que nos dejó Freud, y que siempre vuelven a examinar la letra inagotable de sus escritos. Además está Lacan, quien volvió al texto de Freud, que tomó incluso como slogan a comienzos de los años 50 el “retorno a Freud”, pero que, con el correr del tiempo operó de tal manera sobre el texto de Freud, que hizo surgir de él una temática, una conceptualización e incluso una formalización inédita. Los términos que introdujo ya se trate del Otro con mayúscula (À) o del sujeto supuesto al saber, son todos coordinadas hasta entonces desconocidas, que permiten encuadrar mejor los fenómenos que se producen en la experiencia analítica. Es necesario decir que en torno a Lacan, como en torno a Freud, hay mucha gente que sigue su enseñanza y que no da fácilmente la impresión de haber penetrado en aquello de lo que se trata y que, sin embargo, la repite con gran convicción: o sea, que allí yace una gran verdad. Al respecto, no por haberse convertido en Francia la categoría del sujeto supuesto al saber en uno de los términos más populares de Lacan, es por ello mejor apprehendida.

Primero, quiero indicarles una frase de Lacan que nos servirá de punto de referencia: “El sujeto supuesto al saber es para nosotros el pivote con respecto al cual se articula todo lo que tiene que ver con la transferencia”. “Pivote” es una palabra interesante que puede designar ese trozo de metal o de madera sobre el cual gira algo, y, en forma figurada, señala el sostén principal de algo, de una cosa que

gira en torno. Busqué en el Diccionario *Littre*, el más completo de la lengua francesa y de su etimología, el sentido preciso de esta palabra, como hay que hacer a menudo con los términos de Lacan, y encontré este ejemplo literario para comprender el término pivote, es una frase tomada de Madame de Sevigné: “aquí, tenemos muchas distracciones, pero allí donde no las tenemos, siempre giramos sobre el mismo pivote”. No sé si en la experiencia analítica hay siempre muchas distracciones, pero lo que verificamos, rápidamente, es que, efectivamente, se gira siempre en torno al mismo pivote.

Lo interesante es que el sujeto supuesto al saber sólo interviene en la teoría de Lacan en una fecha relativamente tardía, hacia los años 64-65. Encontrarán su emergencia precisamente en el texto del Seminario XI, llamado los *Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, en el capítulo 18. ¿Cómo se comprendió este término? Se creyó que el analizante comienza suponiendo que el analista detenta el saber que le concierne, que progresivamente descubre que no es así, pero que el análisis se establece sobre la base de esta suposición. A *grosso modo* esta es la vulgata que se difundió a propósito del sujeto supuesto al saber y que como ven, no explica gran cosa. Para apprehender en su concepto verdadero el sujeto supuesto al saber como pivote de la transferencia, es necesario conocer precisamente a qué problema de la teoría freudiana corresponde su introducción, que nada tiene de gratuito.

Por ello empezaré evocando, brevemente, la teoría freudiana de la transferencia. ¿Dónde la encontramos? La encontramos primero en los textos reunidos bajo el título de “Escritos sobre la Técnica”. Estos textos son de 1911-1915; antes también la encontramos, fugazmente, en la ciencia de los sueños, en el caso Dora y aún podemos encontrar sus huellas en los “Estudios sobre la Histeria”. Además de los “Estudios sobre la Técnica” hay que conocer también “Más allá del Principio del Placer” e “Inhibición, Síntoma y Angustia”.

En la historia del psicoanálisis hay una evolución de la técnica psicoanalítica; Freud lo destaca en el capítulo 3 de “Más allá del Principio del Placer”. En primer lugar dice, el psicoanálisis era esencialmente un arte de interpretar; corresponde, podríamos decir, a la Edad de Oro del psicoanálisis, a esa maravillosa apertura, observen los casos más conocidos, de un territorio desconocido en que de una vez y con facilidad, el síntoma se ofrecía al desciframiento y, como por milagro, se desvanecía después de curas cuya brevedad, muchos,

sin duda, echamos de menos. Las curas podían ser, en esa época, un paseo con Freud en el jardín y seis meses podían parecer una duración muy grande. La Edad de Oro se perdió muy pronto y Freud señala que llegó a tener que analizar las resistencias. En el fondo es como si este inconsciente al principio abierto y en cierto modo dócil a la intervención del psicoanalista, hubiese progresivamente retrocedido, se hubiese vuelto rebelde a la intervención psicoanalítica. Si Freud se dedicó esos años 1911 a 1915 a estudiar la técnica psicoanalítica fue para responder a la dificultad que representaba el comienzo de un cierre del inconsciente. También en el capítulo 3 de "Más allá del Principio del Placer" Freud introduce una tercera época que veremos, un poco más adelante, a qué lleva.

Si hay una evolución de la técnica psicoanalítica, la misma no debe ser entendida de igual modo que la evolución, la transformación de las técnicas. Ya no se construyen las casas ni las autopistas como antes. Todos los días vemos que las técnicas se perfeccionan ¿El modo de evolución de la técnica psicoanalítica es del mismo tipo? Por supuesto que no. Si la técnica psicoanalítica evolucionó, no tengamos miedo de las palabras, es porque el inconsciente mismo evolucionó. Hay una historia del inconsciente, puede parecer fantástico decir algo así si uno está convencido que el inconsciente es una especie de energía vital que sería tan estable, tan fija como la gravitación del universo. Pero, se entiende mejor si se admite, como Lacan, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje y que la intervención del psicoanalista en el inconsciente es de naturaleza tal que puede modificarlo.

Algo distingue a Freud de todos los analistas que vinieron después de él: él no repetía una teoría, la elaboraba en forma auténtica a partir del discurso mismo de sus pacientes. No hay mayor teórica del psicoanálisis que Anna O., la histérica, quien inventó ese término de "talking cure", la cura por la palabra. Freud sólo lo recogió de su boca. Ella fue quien lo guió a la entrada del psicoanálisis. Uno siempre se asombra al leer los primeros textos, tan frescos, de los primeros psicoanalistas, de la sencillez de sus interpretaciones y de los efectos milagrosos que producen, que, podemos decir, están muy lejos de lo que se puede obtener hoy día. Pueden ustedes intentar obtener efectos milagrosos sobre un sujeto diciéndole que estaba enamorado de su madre; eso no le hace ningún efecto.

El paciente lo sabe mucho antes de que se lo digan y no se obtie-

ne ninguno de los efectos de interpretación a partir de burdas intervenciones de este género. Es éste entonces el paraíso perdido de los inicios del psicoanálisis. Vamos a ver también con el sujeto supuesto al saber en qué sentido el psicoanalista y su discurso forman parte del inconsciente mismo.

Para simplificar las cosas, antes de tomar el texto de Freud, verán ustedes que hay (se los diré pero espero que lo verifiquen en el texto de Freud, no les pido que crean sólo en mi palabra), tres formas, distinguidas por Freud, de transferencia, que encontramos dispersas a través de los textos.

La primera forma es la que identifica la transferencia con la función de repetición. La segunda identifica la transferencia con la resistencia. La tercera identifica la transferencia con la sugestión. Diría que lo que Lacan trató de deslindar con el sujeto supuesto al saber es el pivote a partir del cual giran estos distintos aspectos de la transferencia, que Freud había despejado. Diría que éstos pertenecen a los fenómenos que se producen en la experiencia analítica, mientras que el sujeto supuesto al saber es de otro orden que el de los fenómenos, es del orden, hablando estrictamente, de un fundamento transfenoménico de los fenómenos de la transferencia.

Vayamos pues a la historia freudiana de la transferencia que voy a evocar brevemente. Consagré un curso de un año en Vincennes a esta cuestión, y les daré una especie de resumen de él.

Encontramos el término de transferencia empleado por Freud, desde la ciencia de los sueños, *Übertragung* se le dice desde La ciencia de los sueños. ¿Cuál es su uso? A propósito de la psicología de los procesos del sueño Freud explica cómo el sueño se apodera de lo que llama los restos diurnos, los recuerdos de lo que ocurrió el día anterior, cómo el sueño se apodera de estos elementos para montarlos con un valor distinto, con una significación distinta a la del momento de su primera emergencia. Son entonces formas vaciadas de su sentido, muchas veces son incluso insignificantes y el deseo del sueño las inviste con un nuevo significado. Allí es donde Freud habla por primera vez de transferencia de sentido, de desplazamiento, de utilización por el deseo de formas muy ajenas a él de las cuales se apodera, a las que carga, infiltra y dota de una nueva significación.

Esto es muy importante, aunque luego el término de transferencia tome un significado mucho más especializado en Freud. Se trata aquí de los disfraces del deseo que, permaneciendo inconsciente, se

expresa apoderándose de las representaciones más anodinas. Se expresa desplazándose de lo reprimido hacia una representación que su banalidad misma hace aceptable a la conciencia.

Podemos decir entonces que la primera transferencia freudiana corresponde a los tropos de la transferencia, podríamos hablar de la topología de la transferencia. Este es un principio general. El deseo se apodera de formas errantes, que nada valen por sí mismas, que han sido despojadas de su significación, que funcionan separadas de su significación primera, en el fondo funcionan como letras, y esto es lo que se comprende mejor a partir de la teoría lacaniana del significante. De hecho, estas formas son significantes a los cuales el deseo proporciona un significado diferente y nuevo. Esto muestra, entre paréntesis, la vanidad de las claves de los sueños, vieja tradición que dura desde la antigüedad. Las claves de los sueños están fundadas en el principio de que a cada significante le corresponde en forma unívoca su significado, si tenemos la tabla de traducción, podemos pasar en forma invariable del significante al significado. Ahora bien, basta mirar un momento “La ciencia de los sueños” para ver que esto es absolutamente incompatible con la concepción freudiana, puesto que precisamente estos significantes sólo valen en tanto han sido vaciados de significación, y se trata de volver a encontrar, cada vez, esta significación en lo particular. En este sentido, la transferencia, la primera transferencia freudiana, es el proceso general de las formaciones del inconsciente. El principio general de las formaciones del inconsciente —el sueño, el lapsus, el chiste— es que el deseo se enmascara y se aferra a significantes vaciados, en tanto tales, de significación. Esta es aún una acepción muy general de la transferencia.

En cambio, a partir del caso Dora, emerge la significación precisa de la transferencia freudiana. La transferencia en sentido psicoanalítico se produce cuando el deseo se aferra a un elemento muy particular que es la persona del terapeuta. Quizás puedan ver, en cortocircuito, que esta persona no es exactamente una persona. Esta persona, como quizás lo han entendido, espero, por el análisis precedente, es más bien el significante del analista que su persona. Por cierto, esto siempre resultaba misterioso cuando se imaginaba que se trataba de la persona del psicoanalista. Hay un artículo de Tomás Szasz, muy divertido, sobre la transferencia en el *International Journal* que dice: “cuando me miran, a mí que soy feo como un piojo, me pregunto cómo es posible finalmente que se aferren a mi persona”. Esto da ori-

gen a la idea de que la transferencia es ante todo un fenómeno ilusorio, un fenómeno imaginario. Y esto no es equivocado, salvo que este tipo de ilusión la encontramos a cada momento en la existencia. Es éste un pequeño cortocircuito para hacerles ver que a “la persona del analista” hay que tomarla entre comillas. El psicoanálisis está hecho precisamente para hacernos dudar de que las personas sean tan verdaderamente. En todo caso el lacanismo está del lado opuesto a toda teoría de la personalidad. Entonces, la transferencia freudiana es el momento en que el deseo del paciente se apodera del terapeuta, en que el psicoanalista —no su persona— imanta las cargas liberadas por la represión.

Esta concepción de la transferencia implica ya muchas cosas. Implica, precisamente, que no hay exterioridad del analista al inconsciente. Evidentemente, si se imagina que el inconsciente es algo que está en algún lugar en el paciente y se piensa que el psicoanalista que está al lado, separado por una pequeña distancia, que está ahí en su sillón, con sus diferentes preocupaciones, su cuerpo que le molesta, su espalda que le hace daño, su peso que cuida, es evidente que este analista nada tiene que ver con el inconsciente que se supone está escondido en el paciente. Pero la idea misma de la transferencia nos conduce ya a comprender que el analista, en tanto que opera en la cura psicoanalítica, no es exterior al inconsciente del paciente, que es quizás necesaria una idea más sofisticada del inconsciente que esta idea burda.

Es esto precisamente lo que hace la particularidad de la observación psicoanalítica, del relato de casos. Si la escritura del caso en psicoanálisis es difícil, es porque en definitiva siempre es un psicoanálisis del analista mismo. No hay en la observación psicoanalítica esa relación de exterioridad que conserva la observación psiquiátrica.

Freud es, quizás, el mejor ejemplo, precisamente en el caso Dora. Saben que una vez terminada la cura de Dora o más bien una vez interrumpida la cura, puesto que se fue, Freud reanalizó su propia posición en relación a ella, para concluir que se había equivocado fundamentalmente sobre cuál era el objeto del interés de Dora: había creído que era el hombre su interés principal, el Sr. K. y no se dió cuenta, como lo dice él mismo, que el interés fundamental de Dora, la histérica, era la Sra. K. Que Dora no se interesaba por el Sr. K. sino como en una mediación para acercarse al misterio esencial que ocupa a la histérica, a saber, el misterio ¿qué es una mujer? Y si Freud

cometió esta equivocación, fué por prejuicio, porque estaba convencido que los hombres eran quienes tenían que interesar a las muchachas. En este sentido, el caso Dora es también el caso Freud. Y lo que hace la grandeza de los Cinco Psicoanálisis, es que el caso que está en su centro es el caso del propio Freud, así como no vaciló en ponerse él mismo en “La ciencia de los sueños”, que es lo que hace que finalmente sepamos mucho sobre la relación de Freud con, por ejemplo, la mujer.

Lo que nos enseña también la transferencia desde sus comienzos, espero habérselos hecho entender a partir del ejemplo de los restos diurnos, es que el enganche se hace mucho más a un significante que a una persona. Digamos que el analista como significante forma parte de la economía psíquica. Este es el descubrimiento de la transferencia. Hay un lugar en la “economía psíquica” que el analista viene a ocupar. Me atrevería a decir que es imposible hacer la teoría del psicoanálisis si no se admite que el psicoanalista es una formación del inconsciente. Esta es una tesis general. Espero tener tiempo para mostrarles cómo los propios teóricos contra los cuales Lacan quiso restituir el sentido inaugural de la experiencia freudiana —a saber, los teóricos que no se si puedo llamar anglosajones, puesto que eran todos europeos, en su mayoría exiliados por los nazis— pero en fin, los teóricos que recubrieron la verdad de la experiencia de Freud en las zonas de influencia inglesa y norteamericana, estos teóricos eran conducidos, porque eran gente seria, a asignar al analista un sitio en la economía psíquica. Pero ese sitio no era el adecuado, esto es lo que trataré de mostrarles.

En fin, aunque lo diga en forma un poco provocadora, esta tesis de que el analista es una formación del inconsciente, no es, pienso, una tesis solamente lacaniana, sino una tesis para toda teoría del psicoanálisis. En Dora, ¿cómo se presentan entonces las cosas? ¿Cómo la teoría se presenta de hecho? La teoría de la transferencia, es esto lo que Freud se ve obligado a construir para dar cuenta de un hecho que se presentó primero como imprevisto. La transferencia no estaba prevista en la teoría de Freud. Había percibido mediante lo que se cree que es su autoanálisis, pero que no era su autoanálisis, la posibilidad de descifrar una formación del inconsciente y por intermedio de este desciframiento trata de hacer desaparecer el síntoma, la transferencia ahí interviene primero bajo el modo de la sorpresa. He aquí que el terapeuta aparece interesando especialmente al

paciente, ocupa sus pensamientos y, sobre todo en los comienzos, desencadena el amor del paciente. Ahora estamos acostumbrados a la idea de transferencia y de contratransferencia, a lo positivo y a lo negativo, pero habría que ser capaz de guardar cierta sorpresa con respecto a la emergencia del amor en una actividad que se presenta como científica y terapéutica.

Esta llegada imprevista de la transferencia, la hace primero aparecer como un fenómeno parasitario que perturba la continuación del trabajo. Es una especie de entorpecimiento de la relación terapéutica y Freud llega a señalar que es como la creación de una nueva patología, en lugar, quizás, o además, de la antigua. Evidentemente, éste no es un resultado muy importante para una actividad terapéutica, crear una nueva patología. La transferencia conserva este carácter de patología propia de la experiencia analítica y Freud reconoce que esta patología es inevitable puesto que el deseo inconsciente es movilizado por la cura. Allí nos damos cuenta, del carácter bifaz, de doble cara de la transferencia.

Por un lado la emergencia de la transferencia en la cura es testimonio del inconsciente. Hay que ser inconsciente para amar a Tomasz Szasz. Es testimonio de la puesta en acto del inconsciente y, ésta es una de las definiciones lacanianas de la transferencia: la transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconsciente. Cuando Lacan dice esto está muy cerca de los textos de Freud, pero desde una formulación que no está en el mismo nivel que la del sujeto supuesto al saber. Lacan pasó diez años en su seminario para lograr elaborar esta teoría del sujeto supuesto al saber y, para los que trabajan a Lacan, es necesario saber ordenar estos diferentes estratos de su teoría, aunque no sea ésta hoy nuestra preocupación.

La transferencia tiene su valor porque permite ver el funcionamiento de un mecanismo inconsciente en la actualidad misma de la sesión. Por eso Freud puede aconsejar, a todo terapeuta que comience, que interprete solamente cuando ha empezado la transferencia, porque la emergencia de la transferencia señala que los procesos inconscientes han sido activados.

Ahora bien, al mismo tiempo, y este es el segundo aspecto, es un obstáculo para la cura. Ven que la articulación en este caso es muy compleja. El texto con el cual hay que orientarse, es el primer texto de los “Escritos sobre la técnica”, el texto “Sobre la dinámica de la transferencia” de 1912. Freud incluso da un truco al psicoa-

nalista, si ocurre que las asociaciones de un paciente se interrumpen, pues, entonces, díganle: “está pensando en mí”, eso siempre funciona.

Esto destaca que la transferencia tiene una función, podemos decir, de tapón sobre las asociaciones inconscientes, viene a interrumpir. Si leen el seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* de Lacan, verán que en dicho seminario titubea en cuanto al camino a seguir respecto a la transferencia, que de una lección a otra, aunque siempre hable con la misma seguridad, busca sus puntos de referencia. Podrán ver que Lacan asimila la transferencia a un tiempo de cierre del inconsciente, no a un tiempo de apertura. Esta es la profunda ambigüedad de la transferencia. El análisis se hace, en cierto sentido, gracias a la transferencia y, en otro sentido, a pesar de la transferencia. Captamos así dos aspectos de la transferencia: el aspecto mediante el cual se identifica con la repetición inconsciente y el aspecto mediante el cual se identifica, al contrario, con la resistencia.

Freud evoca la repetición desde el comienzo del texto “La dinámica de la transferencia”. Dice, es una expresión un poco rudimentaria, que lo que se produce puede ser descripto como una placa estereotípica o varias placas, que pueden permitir por impresión obtener figuras mediante estereotipos que se repiten en forma constante reimpresas en el curso de la vida de una persona, en la medida en que las circunstancias externas lo permiten. Es ésta una forma muy somera de hablar de la repetición: cada individuo tiene una placa estereotipada de la cual saca ejemplares indefinidamente en el curso de su existencia y, finalmente, la transferencia es el momento en que el psicoanalista es captado en estos estereotipos, el momento en que la carga libidinal introduce al médico en una de estas series psíquicas que el paciente ha formado en el curso de su existencia.

Aquí, podemos evocar el término de imago, el médico es introducido en una serie y puede ser identificado a la imago materna, pero también a la imago del hermano, a la imago del padre.

El inconsciente aparece como un repertorio de la comedia del arte, en la cual hay personajes muy tipificados: Pantaleón, Polichinela, Arlequín, Colombina, con estos personajes todas las situaciones de la existencia pueden ser reproducidas. La transferencia aparece así como una ilusión, precisamente imaginaria, como algo que no es racional, como un fenómeno aberrante.

Una transferencia en el presente del inconsciente, es lo que Freud formulará en su texto “Recuerdo, repetición y elaboración” que aparece un poco después en los mismos “Escritos sobre la técnica”; el segundo texto de la serie se llama “Otras recomendaciones sobre la técnica del psicoanálisis”.

Una transferencia aparece en la conceptualización de Freud, en este texto, como un fragmento de repetición inconsciente, como presa del automatismo de repetición. En el fondo, el analista ejerce una presión sobre el inconsciente, por la oferta misma que hace de escuchar al paciente, escucharlo en tanto que dice cualquier cosa y sabemos que lo que dice nunca es cualquier cosa, y esa cualquier cosa lo conduce hacia la zona que imaginamos en el trasfondo, donde su libido estaría escondida. Este empuje del analista, es, para Freud, necesariamente correlativo de una resistencia. Esta concepción generó, hay que decirlo, todas las aberraciones del psicoanálisis de la resistencia, donde vemos a un psicoanalista empujar al paciente hasta sus últimos escondites y al desdichado resistir cada vez más. Esto termina asimilando el análisis a una especie de lucha, lo que es muy diferente a lo que Freud plantea. Encontramos esto en ciertos textos y, cuando los analistas se abandonan un poco, esto es del orden de: “te resistes, basura”. El psicoanalista trata de atravesar estas resistencias, azora al paciente, lo sacude. Finalmente, podríamos decir que el paciente es paciente y el analista que practica el análisis de las resistencias es, él, impaciente.

Podemos verlo claramente en uno de los textos que evoca la práctica analítica precisamente en aquella época, en los textos de Wilhem Reich, en la época en que era aún psicoanalista e incluso un teórico muy destacado del psicoanálisis. ¿Qué dice?: Dice, finalmente lo que debemos reprochar al psicoanalista de hoy, es decir hacia 1920, es que deja al paciente hacer lo que quiere y el paciente no es serio, huye del punto decisivo de su carga, habla de todo y de nada, zigzaguea. Dice “somos nosotros los que debemos llevarlo de vuelta al camino recto, y es sólo cuando lo hayamos obligado a pensar en lo que no quiere pensar, que empezamos a analizar el inconsciente”. En el fondo, todos los analistas de este tiempo fueron teóricos del psicoanálisis activo, de la posición activa. No sólo Ferenczi promovió la actividad en este sentido, sino que progresivamente el psicoanálisis entero se abismó en la vía de la actividad del psicoanalista. La prueba es que se salió de los límites del psicoanálisis cuando se empezó a mirar al

paciente, cuando se comenzó a manipularlo. Pues bien, esto produce quizás, efectos, pero ya no es psicoanálisis. Todo el psicoanálisis se hundió ahí. Diría que como teórico de la "pasividad", entre comillas, del psicoanalista, de la no actividad, pues bien, está Lacan. Finalmente dijo que le tocaba al analista ser paciente.

Pueden darse cuenta en qué se puede oponer Lacan a todos los teóricos del psicoanálisis post-freudianos. Lacan tiene, fundamentalmente, confianza en el inconsciente. Mientras que los psicoanalistas hoy ya no creen, no confían en el inconsciente. De esta comprobación partió Lacan al principio de su trabajo. Por otro lado, lo que muestra mejor que ya no creen en él, es la forma como se organizan en sus sociedades, la forma en que aceptan un nuevo miembro, la forma como se imponen grados, exactamente como cualquier asociación, como cualquier sindicato y, la mayoría de las veces, sus asociaciones no son nada más que sindicatos de defensa profesional. Lacan decía, incluso, que eran sociedades de asistencia mutua contra el inconsciente. En fin, me alejo aquí un poco del tema.

La transferencia cuando la situamos entre el empuje del analista y la resistencia, aparece esencialmente como una formación de compromiso: la libido abandona un poco de terreno ante la demanda del analista y hay un pequeño pedazo que se suelta y obtura el conducto. Por eso podemos hablar de tapón. En este sentido, la transferencia señala que el inconsciente fue tocado y se manifiesta inmediatamente por una infracción a la regla fundamental del psicoanálisis, por un silencio del paciente que elude el pensamiento que tiene entonces sobre el terapeuta.

Si seguimos esta concepción de Freud, la del primer texto de los "Escritos sobre la técnica", el motor del tratamiento parece ser el combate entre la libido del paciente y la demanda del analista. Es entonces cuando Freud hace intervenir esta inversión que transforma la transferencia de un obstáculo en una palanca, la transferencia se convierte en el punto de Arquímedes a partir del cual el paciente puede ser levantado hasta lo más profundo de sí mismo. Freud introduce en ese momento la distinción entre la transferencia negativa y la transferencia positiva. Evidentemente, si la transferencia es negativa eso no es psicoanálisis, es mejor que la transferencia sea positiva y distingue dentro de la transferencia positiva, una transferencia de tipo erótico, (que es mejor proscribir) y lo que conviene apoyar, lo que constituye verdaderamente la palanca de la operación, es la trans-

ferencia positiva, amable, tierna, pero no erótica. Cuando hay transferencia y simpatía está bien. Entonces, analizar la transferencia consiste en liquidar la transferencia negativa, la transferencia positiva demasiado ardiente y conservar la transferencia amable, lo cual permite operar sobre el paciente por sugestión.

Llegamos entonces a la tercera forma de transferencia, la transferencia de sugestión. Freud dice precisamente: "debemos admitir que los resultados del psicoanálisis descansan sobre la sugestión. Por sugestión debemos entender la forma de influenciar una persona mediante los fenómenos de transferencia posibles en su caso". Ven ustedes aquí que entre transferencia y sugestión, hay a la vez, una especie de equivalencia y una distinción que no percibimos muy bien. Uno de los objetivos de la teoría de la transferencia en Lacan es distinguir radicalmente la transferencia de la sugestión, aceptando al mismo tiempo que queda un margen de sugestión en toda operación de transferencia.

Es al respecto que se puede captar por qué el análisis del paranoico es, lo menos que puede decirse, difícil, sino imposible, aunque Lacan dice que el psicoanalista nunca debe retroceder ante la psicosis. La transferencia del paranoico sigue siendo fundamentalmente negativa, ello hace, efectivamente, difícil operar sobre él mediante la sugestión.

Saltearé algunas cosas porque sino nunca agotaremos el tema. Quiero evocar Recuerdo, repetición y elaboración, porque en este texto Freud extiende la transferencia hasta hacerla cubrir toda la dimensión de la cura analítica. Llega a decir, como saben, que se produce en la experiencia analítica una nueva neurosis, que él llama neurosis de transferencia. En este sentido, podríamos casi agregarla como un cuarto modo de transferencia; la neurosis de transferencia es, si se quiere, la modalidad de conjunto de la cura, la enfermedad artificial propia del psicoanálisis. Después de todo, quizás sea lo mejor que ha hecho, el psicoanálisis, inventar una nueva enfermedad. Como dice Freud en este texto, me perturba un poco resumir un texto que habría que seguir en todos sus rodeos, porque cada uno de estos rodeos enseña, con el psicoanálisis todos los síntomas del paciente adquieren una nueva significación. Habla al respecto de una significación de transferencia, *Übertragung Bedeutung*. Me pregunto como lo entendieron y qué pudieron hacer con esto los psicoanalistas que no piensan que el inconsciente está estructurado como un

lenguaje. Si Freud puede decir que todos los síntomas adquieren una nueva significación a partir del momento en que la cura analítica empieza, es porque el síntoma es un elemento que tiene una significación que se dirige al Otro. El síntoma es fundamentalmente un mensaje dirigido a un Otro. Se trata de determinar, y podemos ya percibir, en un primer análisis, en qué lugar el psicoanalista se coloca en la cura, se coloca en el lugar a donde se dirige el síntoma, es el receptor esencial del síntoma y, por eso, el lugar que le debe a la transferencia le permite operar sobre el síntoma.

Hago un pequeño paréntesis que les permitirá captar, quizás, la consistencia de la teoría de Lacan y como ella permite ordenar elementos que aparecen en Freud desordenadamente. Hasta tal punto es la transferencia la modalidad de conjunto de la cura, que Freud llega, ustedes saben, hasta aconsejar a su paciente que diferirá decisiones importantes para su existencia, por miedo a que no sean sino manifestaciones parasitarias de la cura. Esto funcionaba bien, evidentemente, cuando las curas eran de tres semanas o de seis meses. Pero, cuando empiezan a durar diez años, es un poco difícil pedirle al paciente que no viva durante ese tiempo. Toda la cuestión está ahí: ¿qué diferencia verdaderamente a los fenómenos que se producen en la cura, que son llamados artificiales, de los fenómenos que se producen en la existencia que imaginamos son reales? ¿Es tan sencillo acaso distinguir entre lo ilusorio y lo real? Lo que llamamos nuestra vida real no es menos ilusorio que lo que se produce en la cura y allí adquiere todo su valor el tercer texto de la serie "Otras recomendaciones para la técnica psicoanalítica" que se llama Observaciones sobre el amor de transferencia.

Es un texto emocionante de Freud porque, de todos modos, Freud es un victoriano. Lacan dijo que, en el fondo, sin la Reina Victoria, sin lo que ella representa, nunca hubiera habido psicoanálisis, y dedicó una lección de su seminario a la biografía de la Reina Victoria de Lytton Strachey. Es éste un punto que Michel Foucault tomó al comienzo de su historia de la sexualidad. Hay una obra de Molière que se llama el "Amor Médico". Pues bien, el texto de Freud es el "Amor analista". Nos muestra su incomodidad ante estos amores, determinados por la situación analítica. Hace una descripción del amor tumultuoso de una dama por el analista. Lo terrible es que con esta concepción, a esa dama que no pide sino entregarse, debe considerársela como actuando una resistencia. Es algo delicado

en la traducción simultánea el intervalo entre el momento en que uno hace una broma y el momento en que el otro reacciona. Es curioso, pues lo deja a uno con un cierto suspenso y malestar. Si quieren, el síntoma es un poco así, es decir, está dirigido a alguien, pero es retenido en algún sitio y, durante el tiempo en que permanece retenido, precisamente uno no se siente muy cómodo. ¿Por qué entonces la abstinencia del psicoanalista? En el fondo, sería satisfacer un deseo que se manifiesta en forma abierta, sería dice Freud, el triunfo de la paciente, es decir el triunfo de la repetición sobre la rememoración. La transferencia es cuando la repetición triunfa sobre la exigencia de recordar y verbalizar que formula el psicoanalista. El psicoanalista pide, mediante la "asociación libre", la rememoración. La transferencia opone a la rememoración la repetición. Entonces, satisfacer el deseo de la paciente, en este caso, sería no tanto ser infiel a la ética del terapeuta, que puede tomarse en consideración, sino sobre todo ser infiel a la regla fundamental del psicoanálisis, decirlo todo, recordar y no repetir en el presente.

¿Cuáles son entonces los rasgos que distinguen este amor de transferencia del amor, no diré de todos los días, puesto que el amor es algo que no se da todos los días, sino del amor de la vida? Freud dice, es un amor incluso artificial, provocado por la situación analítica, que además es intensificado por la resistencia, que comprueba ser más irracional que el amor que se encuentra en la existencia. A mí esto no me parece muy convincente, por otra parte tampoco a Freud. El gran problema es que cuando uno ve las cosas de cerca no se logra diferenciar este amor de transferencia del verdadero amor. No se logra muy bien considerarlo como inauténtico. Porque si este amor de transferencia es una repetición estereotipada de las conductas inscriptas en el sujeto, dispuestas a resurgir cuando se les da la ocasión, ello es cierto de todo amor. No existe, dice Freud, amor que no tenga su prototipo en la infancia. Dicho de otra manera, este amor es tan verdadero como el otro. Entonces, este artículo de Freud, el amor analista, está bien diseñado para hacernos cuestionar la idea misma de vida real. Algo que ha proporcionado efectivamente el psicoanálisis es que la vida es fundamentalmente una repetición, que nos damos la ilusión de lo nuevo, pero que de hecho, la vida está constituida por la repetición. Necesitamos un psicoanálisis para darnos cuenta de esos límites tan estrechos en los cuales estamos capturados por un número de significantes sumamente limitado. Al

respecto, no solamente somos poca cosa, como la religión nos lo ha enseñado y repetido, sino que vivimos en un sueño. Lo que evoca Lacan, muy precisamente, es que no se sueña simplemente cuando se duerme, cuando uno se despierta, muchas veces es para seguir durmiendo, durmiendo con los ojos abiertos y en esto pasamos todo nuestro tiempo. Es en el momento en que nos acercamos en el sueño a lo que es verdaderamente real en nosotros, en ese momento nos despertamos, porque nos da miedo, y nos despertamos para seguir durmiendo.

Esto es algo que exige más precisión de la que utilizo. Pero en el psicoanálisis hay una aspiración al despertar que no es satisfecha del todo por la vigilia de nuestras actividades cotidianas. No puede decirse que uno esté despierto cuando se pasa hora y media en un embotellamiento de tránsito para llegar aquí. Nuestra vida se acomoda muy bien a este sopor, al cual conducen también las conferencias demasiado largas, es una especie de hipnosis mutua. Pero en la palabra algo hay de eso, la palabra en sí misma es hipnótica. El hecho mismo de consentir oír es ya una pérdida del libre albedrío, los pone ya a merced de la voz, que en el sentido de Lacan, es un objeto, un objeto de carga. En fin, aquí me alejo un poco del tema, aunque volveremos a encontrarlo cuando se trate precisamente de la sugestión de este valor que evoco al pasar.

Les señalaré aún, lo que Freud dice en Más allá del principio del placer, texto de 1920. En el capítulo 3, distingue al psicoanálisis como arte de interpretar, luego evoca cómo el analista se vió en la obligación de analizar las resistencias y, por fin, se pregunta a dónde hemos llegado hoy día. Comprobamos que el paciente tiene que repetir lo reprimido como una experiencia actual, en vez de recordarlo, es incluso esto lo que permite destruir las cargas en las cuales está capturado, porque esto no se puede hacer in absentia, hay que hacerlo en el presente, y dice, —una frase absolutamente esencial— “no hay que olvidar que el inconsciente, lo reprimido, no ofrece ninguna resistencia a los esfuerzos de la cura”. Esto es algo muy importante porque marca su evolución entre 1912 y 1920, es algo que tiene para Lacan la mayor importancia. El inconsciente freudiano, en tanto tal, no resiste, sólo pide decirse, no pide emerger, abrirse paso. Las resistencias, dice Freud, que está construyendo su segunda tópica, provienen del yo (*moi*), no de lo reprimido. Vienen del yo porque la liberación de lo reprimido produce displacer. Aquí empieza entonces a figurar

ese término, que va a ser tan importante después, de compulsión a la repetición, que está presente en el inconsciente. El famoso *Wiederholungszwang* será el objeto del texto mismo de *Más allá del principio del placer*. Como pueden observar tenemos una oposición entre la resistencia que es referida al yo y la repetición que es repetición de lo reprimido. Eso basta para contradecir la construcción anglosajona a propósito del análisis de las resistencias. De hecho, lo que Wilhelm Reich criticaba en los que dejaban al paciente seguir sus zigzagueos, era su propia incapacidad para descifrar, en sus movimientos mismos, el lenguaje propio del inconsciente, su lenguaje metafórico y metonímico, su lenguaje que está todo en el deslizamiento.

En *Inhibición, síntoma y angustia* se encuentra una especie de cuadro de las resistencias. Freud evoca la resistencia de la represión, la resistencia de transferencia, la resistencia del ello, la resistencia del superyó, que fue la última que descubrió, que dice ser la más oscura, enraizada en el sentimiento de culpabilidad. Volveremos en la segunda conferencia sobre esta resistencia del superyó, para ver cómo podemos aclararla un poco.

Entonces, en todo esto no vemos al sujeto supuesto al saber. Tenemos por una parte, una transferencia muy polimorfa, que puede cobrar distintos valores, repetición, resistencia, sugestión, incluso cubrir el conjunto de la cura. La transferencia aparece siempre como un concepto evanescente, que se confunde con otros conceptos, que se confunde en un sentido con la repetición, en otro con la resistencia, y con la sugestión en un tercer sentido, es un concepto absorbido, de algún modo, por los otros. Los analistas están todavía en este punto. Hoy leía un artículo en el periódico —creo que en El Nacional, pues aunque no hablo el castellano lo leo bien, sobre todo la prosa moderna— donde alguien evocaba al pasar la transferencia en Freud diciendo que la transferencia, a *grosso modo*, era la repetición. Tenía algo de espacio para decir algunas generalidades sonoras acerca de Freud y, entre ellas, estaba la de que la transferencia equivale a la repetición. Pues bien, Lacan también lo dijo antes de construir su teoría. En el gran texto de Lacan de 1953, *Función y Campo de la palabra y el lenguaje*, llamado más familiarmente el Informe de Roma, Lacan decía: “El automatismo de repetición no busca sino la temporalización de la experiencia de la transferencia”.

No intentaremos comentar el detalle de la cosa que es muy fino. Pero, ven ustedes que un lector podría considerar que Lacan tam-

bién, finalmente, absorbía el concepto de transferencia en la idea de repetición, que de algún modo sigue siendo de sus tres valores, el valor principal, el valor que más retuvo a los analistas.

Esta confusión entonces, porque es una, sólo fue eliminada por Lacan en el texto al cual aludí: "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis". Lo más notable de estos cuatro conceptos es cuales son. Lacan considera como conceptos fundamentales: el inconsciente, la repetición, la transferencia y la pulsión. Lo más importante allí es, precisamente, que hace de la transferencia un concepto distinto del concepto de repetición. Su elaboración va, precisamente, a despejar sus aspectos contradictorios, múltiples, que Freud aisló, digamos con cierto desorden —creo que no exagero— verán si leen los textos que hay allí un cierto "bululú", como se dice aquí, en la teoría freudiana de la transferencia y traten de aislar con precisión el pivote en torno al cual giran todos estos fenómenos.

¿Entonces, es acaso una pura y simple creación de Lacan ese sujeto supuesto al saber? No sé cuanto tiempo tenemos aún, comenzamos a las 8:30 hs. y hace una hora y tres cuartos que hablo, voy a detenerme un poco en el borde, eso hará que vuelvan la próxima vez. ¿Dónde se ubica el sujeto supuesto al saber, puesto que haciendo una breve revista de los textos de Freud sobre la transferencia, nada percibimos de esta categoría? Pues bien, hay un pequeño texto de Freud que dejé de lado en mi enumeración, el primer texto de la serie "Otras consideraciones sobre la técnica psicoanalítica" y que versa sobre el comienzo del análisis.

Lacan funda la transferencia, en su dimensión radical, sobre el dispositivo mismo de la cura. Funda la transferencia como una consecuencia inmediata del procedimiento freudiano, como una consecuencia inmediata de la regla fundamental del psicoanálisis. Es una deducción, si se quiere, propiamente lógica, el sujeto supuesto al saber no es algo que se observe, aunque puede observarse, pero según modalidades muy precisas. Es, fundamentalmente, un principio que hace a la lógica misma del psicoanálisis, a una lógica que depende de ese principio puesto al comienzo por el analista, que tiene que ver con esa invitación que se hace al paciente de decir todo en desorden, sin retener nada, sin ser detenido ni por la decencia ni por el displacer. El sujeto supuesto al saber en el sentido de Lacan es una consecuencia directa de este procedimiento. Si se quiere, es el principio constituyente de la transferencia, luego sobre este fundamento toda

la diversidad de esos fenómenos que seguimos en Freud pueden producirse. El sujeto supuesto al saber no es de ningún modo, como se imagina, que el psicoanalizante, el que viene a pedir un psicoanálisis, imagine que el psicoanalista sabe todo. En la mayoría de los casos puede incluso, estar un poco decepcionado por su terapeuta al lado de la idea que podía hacerse de él. Si el paciente tiene idea del psicoanálisis en Freud, con ese parangón, el psicoanalista con que se va a encontrar quizás le parezca un poco decepcionante. Puede, incluso, más bien desconfiar de su psicoanalista y, en vez de suponerlo tan sabio, poner en duda su capacidad. A menudo, por cierto, no está necesariamente equivocado.

Lacan evoca en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* un artículo de Nunberg del "International Journal", en el cual éste refiere precisamente los dichos de un paciente más bien insatisfecho con su psicoanalista, que le dice más bien "usted, no sabe eso, por supuesto y esto otro, por supuesto, no es capaz siquiera de aprenderlo". Nunberg dice con justeza, finalmente, en esta insistencia vi que estaba listo para la transferencia, habla de *readiness to transference*. No se trata, entonces, de pensar que el sujeto supuesto al saber se encarna en la presencia física del analista y de suponer que el paciente le atribuye la omnisciencia. Esto puede ocurrir, pero entonces hay que tener cuidado de no estar en presencia de una psicosis alucinatoria. Hay psicosis desencadenadas por la experiencia analítica, a partir de lo cual efectivamente, allí la transferencia funciona. Funciona, de algún modo, en estado puro. El paciente está convencido de que el analista conoce sus pensamientos e incluso que los fomenta en su cabeza. Eso, más o menos, es lo que le ocurrió, a Schreber en su transferencia con el profesor Fleschig. La psicosis en tanto provocada por el psicoanálisis nos hace ver, en estado puro, la emergencia del sujeto supuesto al saber en una forma aterradora, puesto que el terapeuta se convierte en el otro emisor de los propios pensamientos del sujeto, se convierte en la referencia de lo que el psiquiatra Clérambault, que Lacan reconoció como su maestro en psiquiatría, llamó el automatismo mental. No sé, si este término, que es clásico en la clínica francesa, es aceptado en la clínica psiquiátrica latinoamericana. Para dejarlos en el borde de esta teoría del sujeto supuesto al saber, voy, de todos modos, a indicarles por qué camino la introduce Lacan.

¿Qué implica la posición que asume el psicoanalista al invitar al

paciente a decir todo y cualquier cosa? Dice al mismo tiempo con ello, "diga todo, cualquier cosa, eso siempre querrá decir algo". Da al paciente la garantía de que no habla en pura pérdida. Garantiza el psicoanálisis y hay que decir que allí fundamentalmente hay una impostura, una impostura consustancial al psicoanálisis, una impostura en obra. Cuando se construye con el psicoanálisis una nueva iglesia, mundial, que censura y que se infla al modo de una transnacional, de una ITT del psicoanálisis, se le está añadiendo mucho a la impostura, mientras que el ejercicio del psicoanálisis hace al contrario vacilar todos estos semblantes. La fuerza de Lacan es haber continuado su trabajo invariablemente a pesar de la grotesca excomunión de la cual fue víctima por parte de los centros de poder instalados de esta internacional, encontrando su fundamento en el ejercicio auténtico de su práctica, que es hoy ineliminable del discurso del psicoanálisis y que, en el momento en que el psicoanálisis decae en los Estados Unidos, encuentra en Francia una expansión, una importancia incomparable con la decadencia inglesa y norteamericana. Hasta el punto que, en París, si la Escuela Freudiana de Lacan se volvió la más importante, es porque los pacientes iban allí y los analistas los siguieron.

Hay una impostura que es nativa al psicoanálisis ¿qué es el psicoanalista? Alguien que está ahí para poner la impostura en obra por su sola posición, garantiza al paciente que el trabajo en pura pérdida, en el vacío, ese trabajo profundamente contrario a la ética del trabajo de nuestra sociedad capitalista, en el sentido del capitalismo que ahora se extiende a todo el planeta, sin ninguna excepción, es decir, la exigencia de rentabilidad de la actividad, que todo lo que uno hace sirve para algo, es decir precisamente para alguna otra cosa. El psicoanalista está allí para garantizar al paciente que este ejercicio en pura pérdida quiere decir algo, antes incluso de que se sepa qué quiere. En esta articulación delicada y puramente lógica Lacan ve el fundamento mismo de los fenómenos que luego son dados como de transferencia.

Es evidente, que sólo les di una pequeña visión de la teoría del sujeto supuesto al saber. Se los muestro como una agudeza en el sentido de Freud, un *Witz*. Pienso que la próxima vez podré desarrollar la articulación y las consecuencias del sujeto supuesto al saber.

LA TRANSFERENCIA. EL SUJETO SUPUESTO AL SABER

Me propongo, en la próxima hora, hacer una exposición concentrada de la teoría de Lacan sobre el sujeto supuesto al saber.

La convicción racionalista de Lacan es que la transferencia no es un milagro ante el cual el psicoanalista deba arrodillarse. La teoría del sujeto supuesto al saber sitúa la transferencia como la consecuencia inmediata de la estructura de la situación analítica, es decir, como la consecuencia inmediata de lo que Lacan llamó el discurso analítico; no se refiere con este término a lo que relata el psicoanalista, sino justamente a la estructura de la situación analítica. Se puede además decir de la transferencia, en tanto tiene como pivote al sujeto supuesto al saber, que pertenece a la estructura misma del discurso analítico. También, si hay una fenomenología de la transferencia, cuyos distintos aspectos Freud encontró en el curso del tiempo, e intentó ordenar, lo que la vez pasada resumí en tres palabras: repetición, resistencia, sugestión; si existe esta fenomenología matizada, diversa, de la transferencia, que siempre apasionó a los psicoanalistas, el sujeto supuesto al saber de Lacan está situado como el fundamento transfenoménico de la transferencia. El asunto aquí estriba en interesarse más de cerca por la estructura de la situación analítica, que los psicoanalistas tienen una propensión ineludible a olvidar. La estructura de la situación analítica coloca, primero, al analista en posición de oyente, oyente del discurso que él estimula en el paciente, puesto que lo invita a entregarse a él, sin omitir nada, sin consideración por las conveniencias, según el movimiento que se denomina, un poco

por irrisión, asociación libre; porque el postulado analítico es precisamente que esta asociación es todo menos libre y que, por el contrario, está restringida por leyes esenciales.

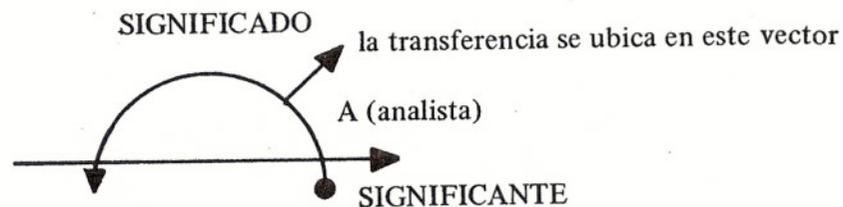
¿Esta posición de oyente es sólo pasiva? Obviamente, el que aparece en actividad en la experiencia analítica, fundamentalmente, es el paciente. Pero hay que ver —y Lacan nunca cesó de insistir acerca de este punto de las formas más diversas, cada vez más y más lógicas— que el oyente, su respuesta, su aval, su interpretación, deciden el sentido de lo que es dicho y, aún más, sigo aquí muy precisamente el texto de Lacan, la identidad misma de quien habla. Al respecto, existe lo que Lacan no vacila en llamar un poder, el poder del analista sobre el sentido, lo cual es cierto para toda comunicación humana, para toda relación. En este sentido, como nos hablamos unos a otros, podemos decir que por turno compartimos el poder y que así las comunicaciones se equilibran. En psicoanálisis, por el contrario, la estructura misma de la relación es disimétrica, puesto que uno entrega material mientras que el otro tiene como función estructural interpretar este material, escucharlo, recibirlo, apreciarlo y, en ocasiones, interpretarlo. La posición de intérprete del analista hace de él exactamente lo que podemos llamar, aún cuando hay que ser muy prudente con esta expresión, el amo de la verdad. Hay que ser muy prudente con esta expresión y con lo que ella recubre, pues implica la responsabilidad del analista, responsabilidad esencial, que hace la dignidad de su función. Por eso Lacan puede escribir que el analista duplica el poder discrecional de la palabra. Es una frase que cito, que tuve ocasión de comentar, en todos sus detalles, en el seminario en el que participo aquí, por ser éste un punto decisivo de la teoría de Lacan.

Es un punto decisivo de la teoría de Lacan, pero puedo decir que no escapa a quienes tienen un sentimiento profundo de las propiedades del lenguaje. Leyendo, durante este fin de semana, la obra de Rosenblat *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, encontré esta frase muy lacaniana: “El que habla está pendiente del interlocutor porque las palabras se tiñen con lo que dice el oyente y no se sabe adonde pueden llegar las palabras”. Evidentemente, no está dicho con los términos de Lacan, pero se trata de alguien que tiene el verdadero sentimiento de lo que es el campo del lenguaje, que se acerca muy bien a esta estructura fundamental.

La transferencia apprehendida en su fundamento no es otra cosa

que la institución de esta relación misma. Les cité la vez anterior la expresión de Nunberg: *the readiness to transference*, en la que intenta asir un punto que le parece precede a la fenomenología de la transferencia, que hace posible todos estos fenómenos tan diversos, contradictorios, matizados de la fenomenología de la transferencia. Lacan retoma esta expresión de Nunberg, esa “apertura a la transferencia” que, en cierto modo, inaugura la relación analítica misma. Para Lacan hay apertura a la transferencia por el hecho —y es esto lo importante— por el hecho único de que el paciente se coloca en posición de entregarse a la asociación libre. Se coloca en la posición de buscar la verdad sobre sí mismo, sobre su identidad, sobre su verdadero deseo. ¿Dónde busca la verdad? La busca, dice Lacan, al cabo de su palabra y el cabo de su palabra está allí, en el analista en tanto que gran Otro, oyente fundamental que decide la significación y por ello su silencio es tan esencial, su silencio que deja sitio al despliegue de la palabra y que no debe precipitarse a satisfacer la demanda del paciente, que es la demanda de ¿quién soy? ¿cuál es mi deseo? ¿qué quiero verdaderamente?

Tenemos allí la base de la relación analítica y Lacan formalizó, de modo sumamente sencillo, elemental, la célula constitutiva de esta relación. Es una formalización, que no puedo evitar escribir en el pizarrón, en relación a esta cuestión de la transferencia. Es una estructura que encontramos en todos los escritos de Lacan, desde el principio hasta el final, primero en forma implícita, y luego en la forma estilizada que voy a dibujar en el pizarrón, que les puede servir, podría decir, como memorial de esta conferencia.



Este esquema se lee de diversas formas, aquí podemos contentarnos con leerlo del siguiente modo: A es el primer eje, el eje del significante; en el segundo eje escribimos el significado, y colocamos al

analista en este punto, al mismo tiempo como aquel a quien se dirige el significante y en tanto es quien, retroactivamente, decide acerca de la significación de lo que le es dirigido. Y aquí, en gran A, colocamos al analista que funciona como el sujeto que se supone sabe el sentido. Como pueden ver, la gente que imagina que Lacan es complicado se equivoca. Este esquema es un esquema especialmente robusto, que tiene en la obra de Lacan un valor polimorfo, polivalente, estoy convencido de que a partir del momento en que lo escriban lo podrán utilizar con toda sencillez. Es muy robusto en su sencillez, no es fácil quebrarlo, y es posible complicarlo mucho, podemos preguntarnos qué ponemos en este sitio, nombrar este punto y aquel otro, multiplicar y desplegar el esquema, Lacan lo ha hecho, pero tienen ustedes aquí la célula básica y, sin ella, el término mismo del sujeto supuesto al saber es difícil de aprehender en la teoría de Lacan. La idea inicial, por cierto, el término mismo de inconsciente corresponde a esta idea, es que el saber que va a elaborarse en la experiencia analítica en un sentido ya está allí, el término mismo de inconsciente remite a ese ya allí de la red de significantes. A partir de allí se funda la demanda del paciente. El diagnóstico es una función esencialmente médica, una función psiquiátrica, mientras que la experiencia analítica sólo es posible sobre el telón de fondo de la suspensión del diagnóstico. Es esta reserva la que Freud formula aconsejando al psicoanalista recomenzar, con cada caso, como si fuese el primero. Desde este punto de vista, hay un desvanecimiento del saber ya constituido necesario para que comience de modo auténtico la experiencia analítica, lo que muestra que el psicoanalista no debe dejarse engañar por este efecto de sujeto supuesto al saber intrínseco a la experiencia analítica. Volveré más tarde a este punto. El psicoanalista no debe identificarse al sujeto supuesto al saber: el sujeto supuesto al saber es un efecto de la estructura de la situación analítica, lo cual es muy distinto a identificarse a esta posición.

Lo dije la última vez, no se observa forzosamente que el paciente comience a creer y a decir que el analista sabe todo lo que le concierne. Lo que puede observarse muy bien, y es lo que observa Nunberg cuando habla de la apertura a la transferencia, es, al contrario, una desuposición de saber por parte del paciente en relación al analista o, como dice Lacan, un cierto modo de verificar que el hábito no le queda muy bien al psicoanalista:

En cambio, lo que se observa de modo muy puro es la emergencia

aterrorizante del sujeto supuesto al saber cuando la experiencia analítica desencadena una psicosis alucinatoria crónica, en la cual el psicoanalista encarna realmente al sujeto supuesto saber todo lo que se refiere al paciente y es imaginado por éste en posesión de los hilos que mueven las marionetas. Tenemos allí una emergencia real del sujeto supuesto al saber y esta teoría permite explicar esos efectos que conocemos, ese efecto de desencadenamiento psicótico que se produce por la entrada misma en la experiencia analítica.

Por cierto, encontré en un diccionario médico del siglo XIX, un párrafo donde se explicaba como reconocer a un paranoico: cuando se comienza a interrogarlo les dirá, inmediatamente, “¿por qué me interroga si usted ya lo sabe todo de mí?” Es sin duda un truco un poco simple, pero nos permite palpar que en la psicosis vemos bajo un aspecto real y aterrorizante el rostro del sujeto supuesto al saber.

Esta posición, hagamos un paréntesis, no es una creencia, no se trata aquí de un sentimiento del sujeto. Se trata de una suposición de estructura que puede traducirse por el fenómeno exactamente contrario. Esto es difícil de entender, —pero lo es tanto en París como aquí, ya que esta advertencia la hice, hace poco, en la Escuela Freudiana de París— pues existe la tendencia a confundir, a superponer la dimensión fenomenal a la dimensión estructural.

Este simple esquemita explica muy bien lo que puede aparecer como la modalidad fundamental de la cura analítica, como Freud pudo llegar a hablar de la transferencia como de la emergencia de una nueva significación de conjunto de la neurosis y de todos los síntomas. Después de todo fue Freud mismo, no Lacan, quien habló de significación de transferencia. Coloco entonces a la transferencia en este eje, la significación de transferencia se produce sobre este vector y es en este sentido que la transferencia es la relación misma de la cura, es el tiempo mismo del psicoanálisis. La transferencia es a la vez, el tiempo de la experiencia y la perlaboración, el trabajo de la experiencia analítica entanto que tiene como pivote al Otro en esta posición. Evocamos el término pivote, tenemos aquí, en forma localizada, el lugar de ese pivote. El analista como gran Otro donde se constituye la *Bedeutung*, la significación. Evidentemente la transferencia en este sentido tiene un carácter ilusorio y es por esto que ella se presta a quedar reducida a su sola dimensión imaginaria. Podríamos decir que el rasgo que une los tres aspectos que distinguí la vez pasada, la transferencia-repetición, la transferencia-resistencia y la transferencia-

sugestión, es la transferencia-amor. Por ello es que se puede intentar explicar la transferencia en su dimensión imaginaria, que sin duda existe, y la primera teoría de Lacan sobre la transferencia es una teoría de la transferencia como fenómeno imaginario, es decir la transferencia como amor, como pasión. Es divertido que en el primer seminario de Lacan, de 1954, —que versa sobre los Escritos Técnicos de Freud, es decir sobre los textos que enumeré en la primera conferencia, donde los examiné desde su teoría posterior— esté presente esta frase, donde encontramos el mismo término “pivote”, que diez años más tarde encontramos en relación al sujeto supuesto al saber. En el 54, Lacan decía que el fenómeno de carga imaginaria juega en la transferencia un rol pivote. Diez años después atribuirá al sujeto supuesto al saber este papel de pivote, exactamente en los mismos términos.

¿Qué lleva a situar la transferencia en la dimensión imaginaria? Que la transferencia se presenta como amor y hay, en Freud, una teoría narcisista del amor. Es, por otro lado, lo que se ve cuando se intenta colocar en primer plano la teoría de la transferencia-contratransferencia. Aunque hay grandes desviaciones de la teoría y la técnica psicoanalíticas que centran todo en la contratransferencia, se puede descifrar esta teoría en forma positiva, pues es una forma torpe de percibir la existencia de este vector retroactivo, retrógrado, que figura en este esquema, en su estructura.

En relación a la contratransferencia, por cierto, hay obviamente que desconfiar de la contratransferencia demasiado positiva, lo que equivale a desconfiar del deseo.

En la experiencia psicoanalítica la simpatía no es necesaria y quizás lo mejor es un poco de contratransferencia negativa. Si la transferencia es amor, no se trata simplemente de que el analizante ame al analista, sino que desea hacerse amar por el analista, es decir que se presenta y tiende a presentarse, por un lado u otro, como amable. Es todo lo que puede introducirnos al hecho de que el analista ocupa la posición del Ideal del Yo, en tanto ella es diferente de la posición del Yo Ideal.

La posición del Ideal del Yo es el punto a partir del cual el sujeto se ve como amable, a partir del cual se ve como Yo Ideal. No tengo tiempo ahora de detenerme en esta teoría de Lacan que distingue la función del Ideal del Yo de la del Yo Ideal. El Yo Ideal es una función imaginaria, mientras que el Ideal del Yo es una función simbó-

lica. Lacan construyó un esquema, más complicado que éste, que se funda en las traslaciones de un espejo, para explicar esta diferencia, que esclarece textos muy densos de Freud. A partir de esto, la teoría imaginaria de la transferencia-amor puede ser llevada hasta ese punto esencial que es la teoría simbólica de la transferencia, la que se apoya en lo que, al comienzo, Lacan llamaba el “pacto analítico”. Freud mismo utilizó un término sumamente peligroso: “la alianza analítica”, término que hizo bastantes estragos en la historia del psicoanálisis y al que volveremos después.

Lo divertido es que, al mismo tiempo que desarrolló esta teoría imaginaria de la transferencia, en sus inicios, Lacan, a partir de su Discurso de Roma, en el 53, había reservado ya el lugar del sujeto supuesto al saber, pero no pudo descubrirlo sino retroactivamente, obedeciendo así a su propio esquema. Escribe dos párrafos que lo llevan a poner una nota en 1966, en la cual explica: “Se encuentra entonces allí definido lo que luego designamos como el soporte de la transferencia; el sujeto supuesto al saber”.¹

Fue necesaria una retroacción de diez años para que se diera cuenta de lo que había escrito. Dice “Sin duda no tiene que responder por su parte, de ese error subjetivo que, confesado o no en su discurso, es inmanente al hecho de que entró en análisis, y a que ha cerrado su pacto inicial”.²

Lo que Lacan aquí llama el error subjetivo inmanente a la experiencia analítica es precisamente la ilusión del paciente, la ilusión fundamental, estructural, de que su saber, el saber del inconsciente, está ya todo constituido en el psicoanalista. Dice: “Y no puede descuidarse la subjetividad de este momento, tanto menos cuando que encontramos en él la razón de lo que podríamos llamar los efectos constituyentes de la transferencia en tanto que se distinguen por un índice de realidad de los efectos constituidos que le siguen”.³ La diferencia que hace aquí Lacan entre los efectos constituyentes y los efectos constituidos, es la que les presenté distinguiendo los fenómenos de transferencia, que son los efectos constituidos, y su fundamento transfenoménico, que es constituyente de estos efectos. Es singular que este análisis haya quedado así como una piedra de espera en el discurso de Lacan, que sólo encontró su empleo diez años más tarde, en la teoría del sujeto supuesto al saber, en un punto muy preciso. Esto nos permite esperar que haya numerosas piedras de espera en el discurso de Lacan, a las que le hacen falta lectores preci-

sos y convencidos, a fin de que puedan ser desarrolladas y utilizadas.

A mi criterio, la teoría de Lacan apenas comienza. Como en la de Freud, hay aún una mina en este discurso. No quiero decir que Lacan sea El Dorado, pero hay mucho aún que recoger. En el fondo, este pacto analítico consiste para el paciente en ofrecerse a la interpretación, es decir que, por el hecho mismo de entrar en la experiencia analítica, él consiente a la posición del analista como Otro, y es por eso que yo decía que podemos encontrar el comienzo de la teoría del sujeto supuesto al saber en Freud, en su texto sobre el inicio del análisis, en los “Escritos sobre la técnica”.

¿Qué es lo que Freud llamó la “regla principal del análisis”, que siempre situó, de la cual dió diferentes formulaciones, pero cuyo carácter operatorio y fundamental siempre subrayó? La experiencia del análisis supone la libertad que se le deja al sujeto en sus asociaciones. Hay un punto que no puede ser eliminado del discurso del psicoanalista a su paciente, el que consiste en fijar esta regla original. Esta regla principal es la de asociar libremente, la de renunciar a toda crítica, toda regla —ella tiene ya entonces un carácter paradójal— la de confiar en lo que Freud llama “lo que le viene en mente”, en lo que, en el sentido etimológico, es el “caso”.

Al respecto hay una exhortación psicoanalítica que es: “Diga siempre, ya veremos”. En el fondo, la presencia del analista es una prueba de la confianza que él tiene en el inconsciente, a saber que eso siempre asociará. Hay allí en el momento original, una demanda del analista, la demanda de decir lo que no quiere decir nada estando seguro de que eso siempre querrá decir algo.

Podemos, en este sentido, llamar a la transferencia transferencia del sin-sentido a la significación, promesa de significación. Percibimos así porque Lacan puede decir que la situación analítica histérica al sujeto que entra en análisis, precisamente porque su más mínima palabra, su menor producción es inmediatamente valorizada por la experiencia analítica misma. Es valorizada en la forma más material del mundo, por el precio —es muy divertido— el sujeto tiene que pagar sus propias producciones. Este es el hallazgo del psicoanálisis: hacer pagar el trabajo por el que trabaja, en lo cual es mejor que el capitalista.

En el fondo, allí es donde está el sujeto supuesto al saber. Conocen la fórmula de Freud, que la princesa Marie Bonaparte, o quizás Ana Bergman, tradujo como “el yo debe desplazar al ello”, traducida

pues según el modelo “quítate de ahí, para ponerme yo”. Lacan, por el contrario dió a esta frase de Freud un valor mucho más esencial, y la tradujo en formas distintas a lo largo de su discurso. Yo puedo tratar de traducirla de otra forma, en relación al sujeto supuesto al saber: *Là où ça était, (ça ne veut rien dire); Allí donde eso estaba (eso no quiere decir nada)*, yo sé lo que debe ser, lo que debe advenir. Esto nos permite percibir la dimensión racionalista esencial de la experiencia analítica. La experiencia analítica (hay que pasar por alto muchos de los discursos de los psicoanalistas mismos para darse cuenta) es profundamente laica. Mientras que en las experiencias antiguas, las que buscan el conocimiento más profundo de la verdad del sujeto, hay siempre un tiempo de meditación, de concentración, una invitación a entrar en sí mismo, a purificarse, nada de esto encontramos en la experiencia analítica. Si ella promete al sujeto una verdad acerca de su deseo, es en un marco que no implica ninguno de estos aspectos de purificación, de concentración. Al contrario, es una ceremonia, un ritual, pero fijo, podríamos decir que implica una regularidad casi burocrática, volver a la misma hora, un cierto número de veces por semana y, lejos de que por adelantado el sujeto tenga que concentrarse, por el contrario, debe entregar, sin preparación alguna, el material.

Debe percibirse lo que implica esta extraordinaria operación, la misma se opone a todos los antiguos ensayos de descubrimiento de la verdad del sujeto. Efectivamente, es con la invención de la regla fundamental que Freud traza en la historia del pensamiento un corte cuyo precedente es imposible encontrar. Y, una vez dispuesto el sujeto a decir cualquier cosa, como por azar, la presencia del analista atestigua que asume sobre sí el principio que está en la base de la ciencia: que todo, incluso lo que allí se dice de cualquier modo, tiene una causa.

El inconsciente, en tanto que es puesto en obra en la experiencia analítica, en tanto que el sujeto es invitado a decir lo que se le pasa por la cabeza, y a pagar el hecho mismo de este decir lo que se le pasa por la cabeza ante el analista, movilizado o más bien inmovilizado, por esta experiencia, implica este axioma, que nadie formuló a propósito de la experiencia analítica antes de Lacan, pero que funciona de todas maneras como soporte de la experiencia: “todo tiene una causa”. Es un principio esencial del pensamiento científico y fue formulado en un momento muy preciso de su historia, cuando Leibniz

formuló sus dos principios: “nada es sin causa” y también, en su forma positiva, “todo tiene una causa”.

En el fondo, esto constituyó en la historia del pensamiento un corte radical. Heidegger, por cierto, dedicó un librito a este axioma, que se llama “El principio de razón suficiente”, en el cual lo analiza en detalle, pues su formulación constituye un corte en la historia de la filosofía, que consagra la emergencia de ese discurso, distinto del discurso analítico pero que no deja de tener relación con él, el discurso de la ciencia.

Hay un determinismo implícito en la experiencia analítica, que implica, si se quiere, al comienzo una especie de acto de fe en la racionalidad de todo lo que se produce, y el psicoanalista es aquel que se consagra a sostener este acto de fe, a partir del cual el analizante puede trabajar.

Volveremos más adelante a esta diferencia entre el analista y el analizante en el acto y el trabajo analítico. Pero quisiera primero tratar de mostrarles las consecuencias que tuvo, en la historia del psicoanálisis, la identificación del psicoanalista con la posición del Otro. La posición del Otro es una posición de amo, y el psicoanalista se identificó gustoso al amo, al maestro, al que exhorta, al que demanda, al Otro poderoso y omnisciente (lo que le permite no saber gran cosa). Hay un extraordinario contraste entre la fatuidad del analista y la ignorancia, bastante general, que le permite continuar prolongando esta situación.

Esta identificación del psicoanalista con el Otro generó una teoría esencial, dominante en el área de influencia anglo-sajona, que ubica al analista como superyó del paciente.

Es muy interesante esta teoría, cuyos excesos hoy se han borrado un poco, pero que sigue presente y actuante en los psicoanalistas no lacanianos (creo que es distinto entre los kleinianos). Es una teoría interesante porque muestra que todos los teóricos verdaderamente serios de la experiencia analítica se ven obligados a asignar un lugar al analista en el inconsciente. Sin ello no se podría entender cómo opera el analista. De allí que, lo que les formulaba como una proposición laciana, el analista es si quiere una formación del inconsciente, se impone a todo teórico serio del psicoanálisis.

Esta teoría implica, en primer lugar, que el analista debe ocupar el lugar del superyó y, en segundo lugar, que el analizante debe identificarse a él, la cura es así el proceso de identificación del analizante

con el analista como superyó. Un fantasma está allí desarrollado: que el analista a partir de su posición superyoica podrá insinuar valores verdaderamente positivos en el yo del sujeto. La cura entonces se presenta ante todo como una especie de educación, una educación por sugestión del paciente, y el analista simplemente se ofrece él mismo en la experiencia como la verdadera medida de la realidad, el que sabe lo que la realidad debe ser, y que por medio de su prestigio superyoico debe llevar al sujeto a situarse en el mismo nivel de realidad. Es decir, muy ingenuamente, que el psicoanalista se constituyó él mismo como el *nec plus ultra* de la experiencia universal. En ese sentido, la cura se convierte en una empresa de adoctrinamiento que tiene como consecuencia el aplastamiento de la dimensión propia de un deseo fundamentalmente irreductible. Esto el psicoanalista no lo logra, pero tiene tiempo como para hacer cierto daño. El psicoanálisis entonces puede ser un verdadero combate contra este esfuerzo de adoctrinamiento del analista, quien se hace fuerte amurallándose en la teoría psicoanalítica constituida y en sus propios prejuicios sobre todos los temas de este mundo, empresa que el deseo del paciente intenta resistir. Esa es la resistencia que no hay que olvidar, la buena resistencia, la resistencia que los psicoanalistas descubrieron cuando enfocaron el análisis como adoctrinamiento y ejercicio de la demanda del psicoanalista. Encontraron la resistencia del deseo.

Lacan dejó, desde hace algunos años, de leer a los psicoanalistas del *International Journal*; nosotros lo seguimos haciendo, y hacemos la crónica de esta lectura en nuestra revista *Ornicar?*, un poco para conservar el contacto. Lacan dejó de leerlos, pero los leyó, los leyó muy precisamente, tanto los grandes como los pequeños textos de la historia del psicoanálisis en el *International Journal*, fue siguiendo las indicaciones que se encuentran en esos textos. En el curso que hice sobre transferencia, analicé todos los textos dedicados a la teoría del analista como superyó. No sé si todavía se lee a alguien como Richard Sterba, quien formula una teoría acerca de la disociación terapéutica del yo. En ciertos textos antiguos, que tengo aquí, Sterba basa la experiencia terapéutica de la cura en la capacidad de disociación del yo y dice: “Esta capacidad da al analista la oportunidad de hacer una alianza con el yo contra las fuerzas del instinto y de la represión y, con ayuda de una parte del yo, intenta vencer las fuerzas contrarias”.

¿Qué es entonces la experiencia analítica? ¿Es una bipartición

constante del yo? Esto se parece un poco a la paradoja de Zenón; se toma al yo, se lo corta en dos, hay una parte buena y una parte mala, si nos apoyamos en la buena le ganamos a la mala, entonces volvemos a cortar en dos, volvemos a hacerlo, y seguimos así. Según Zenón, nunca se detendrá el proceso. Sterba termina diciendo cuál es el modelo de esta disociación terapéutica del yo en el paciente. La respuesta, dice, es que se trata del proceso de formación del superyó mediante una identificación del analizante con el analista. Juicios y evaluaciones son recibidos en el yo y empiezan a producir efectos en su seno.

No sé si ven lo que implica esta concepción del psicoanálisis, pero podemos admitir que el término de Lacan “abyección” se adecúa bastante bien a este tipo de teoría, la cual no le deja otra salida al paciente que la de tomar como modelo acabado de perfección a su psicoanalista e introyectarlo. El psicoanalista se ofrece así como una hostia, la hostia sagrada que el paciente debe mascar y remascar. No voy a entrar en los detalles, porque es bastante fácil imaginar esta manducación imaginaria en la que el analista se convierte en el alimento de su paciente y la cura en el relato de una pasión crística. Lo divertido es que esta teoría cobra forma hacia 1920. El artículo de Sterba es de 1934. Hay, al mismo tiempo, un artículo muy interesante, del 34 también, del joven Strachey, el eminente y notable traductor de Freud, al que debemos la mejor edición existente, superior incluso a la edición alemana, la Standard Edition. Strachey escribe lo siguiente: “El superyó del paciente ocupa una posición clave en la terapia analítica. Es una parte de la mente del paciente en la cual una alteración favorable sería susceptible de provocar una mejoría general y es también una parte especialmente sometida a la influencia del analista”. También nos hace entender de donde proviene esta teoría, que no dejó de influenciar la concepción analítica de la transferencia. Proviene, exactamente, de Freud, del capítulo VIII de *Psicología de las masas y análisis del yo*. Saben que este capítulo es del período en que Freud elabora su segunda tópica, que va a dar lugar a tantos malos entendidos acerca de la experiencia analítica. Hay en *El yo y el ello*, y en *Psicología de las masas* párrafos, que, al final de su vida, embarazaron mucho a Freud, cuando vió cómo fueron entendidos. Entonces, en este capítulo VIII, Freud, como saben, distingue entre una identificación consecutiva a la pérdida de objeto —la pérdida de objeto traduciéndose por la introyección del mismo en el yo y por

una alteración parcial de su estructura— y una identificación por la cual el objeto es colocado en el lugar del Ideal del yo. Es este tipo de identificación la que explica la puesta en serie de los yo, su identificación recíproca en los organismos como el ejército o la iglesia. Insiste en el hecho de que esta identificación recíproca supone la identificación común de estos yo a un elemento externo, a un objeto colocado en el lugar del Ideal del Yo de cada sujeto. Creo que evoco aquí algo que es familiar a los que leen a Freud. Por esta identificación con el objeto puesto en el lugar del Ideal del Yo, Freud explica fenómenos como el amor y, sobre todo, la hipnosis, la sugestión. Entonces, el Ideal del yo no es exactamente el superyó, aunque sus funciones en parte se recubren, habría que distinguirlos muy cuidadosamente.

¿Pero, qué hicieron los psicoanalistas a partir de este texto de Freud? Hay un artículo de Sandor Rado que dió la señal de largada de este proceso. Rado publicó sólo la primera parte de este artículo, nunca la segunda. En este texto, Sandor Rado inventó algo sumamente grave para el desenvolvimiento de la historia del psicoanálisis. Estamos en una época en que había entre los psicoanalistas cierta desorientación en relación a ciertos cuestionamientos sobre la técnica psicoanalítica, que evocé la vez pasada. Para responder a estos cuestionamientos Freud elabora su segunda tópica, porque el psicoanálisis estaba en una situación conceptual y práctica difícil, y los analistas intentaban conceptualizar el proceso mismo del psicoanálisis. En esa época vemos entonces muchos artículos sobre el tema y, en 1925, Sandor Rado propone estudiar lo que llama “el principio económico” en la técnica analítica. Nunca llegó al final, pues hizo solamente la primera parte de su estudio, que por el contrario, habla de la hipnosis. Nunca hizo la segunda parte sobre técnica psicoanalítica. ¿Qué dice? “Podemos decir que establecida en el yo de la persona hipnotizada existe una representación ideacional del hipnotizador, si esta representación logra atraer los lazos naturales del superyó, el hipnotizador, de objeto exterior que era, es promovido a la posición de superyó, parásito”. Esto sigue aún relativamente a Freud, aunque hable de superyó y no de Ideal del yo.

En 1934, con Strachey, ¿en qué se transforma esto? Strachey dice lo siguiente: el paciente en análisis tiende a centrar el conjunto de sus funciones sobre el analista, pero sobre todo tiende a aceptar al analista como un sustituto de su propio superyó y agrega: “creo

que en este punto podemos tomar la acertada expresión de Rado —modificándola levemente— respecto a la hipnosis y decir que en el análisis el paciente tiende a hacer del analista un superyó sustitutivo, parásito”.

La teoría que Freud elaboró especialmente para dar cuenta de algo muy distinto a la experiencia analítica, la hipnosis, fue usada por los psicoanalistas, a partir de 1934, para explicar la operatividad del psicoanálisis mismo. Debo decir que no se trata solamente de burlarse de este error de lectura, de esta desorientación, que los llevó a aferrarse de la teoría freudiana de la hipnosis para entender algo del psicoanálisis, porque, efectivamente, por allí aprehendían algo acerca de la posición en A del psicoanalista. Era, a su manera, un modo de percibir que el analista está en el lugar del Otro, pero considerando que debe identificarse a esta posición y que por esta vía el paciente debe identificarse a él. Era necesario que se hubiera perdido el sentido del descubrimiento de Freud para llegar a esto, porque el superyó freudiano nada tiene que ver con una función normalizante y legal.

Una de las bases de la diferencia entre el Ideal del yo y el superyó es que el Ideal del yo, en Freud implica efectivamente ciertas funciones de asunción normalizante del sexo, que el superyó no implica de ningún modo. Quien lo muestra muy bien es, una vez más, Franz Alexander, quien siempre estuvo más cerca de la inspiración freudiana y debo decir que, a pesar de sus divergencias, fue amigo de Lacan. Alexander en 1925 (ven que siempre estamos en los diez años decisivos entre 1925 y 1935), escribió un artículo muy hermoso, en el *International Journal*, N° 1, que se llama *Una descripción metapsicológica del proceso de la cura*. Alexander evidentemente también habla de la ocupación por parte del analista del papel del superyó. Pero en este artículo tenemos un sentimiento muy preciso de lo que es el superyó en Freud. Dice “no hay que pensar que el superyó es el órgano de la adaptación a la realidad, no debemos pensar que el superyó es la ley”. En su lenguaje dice que es un código legal pero arcaico, que preserva en el sujeto muchas adaptaciones, pero adaptaciones completamente inadaptadas a su situación real, que de ningún modo es una instancia que tenga acceso a la realidad. Al contrario, el superyó cumple su tarea en forma automática y con una uniformidad monótona de reflejo. Ve muy bien el vínculo entre el superyó y el automatismo de repetición, no es una función de adap-

tación sino de inadaptación en el sujeto.

Freud relaciona el superyó con la organización de los síntomas del sujeto, Dice también, en forma divertida, que el superyó puede tener informaciones sobre la realidad pero son informaciones *out of date*, superadas, es esto lo que da lugar a los síntomas neuróticos. Dicho de otra manera, esta función que Alexander comprendió bien como la raíz del síntoma, se convierte nueve años después, en 1934, en la posición misma que debe ocupar el analista para llevar al paciente a nivel de la realidad.

Considero que esta demostración a partir de los textos es muy difícil de refutar. El superyó freudiano tiene exigencias completamente incoherentes, de ningún modo es un todo armonioso, es una ley, una orden, pero en tanto le es imposible al sujeto respetarla. Si es una ley, es una ley con todo su valor irracional, una ley terrible.

Lacan es muy fiel a la posición del superyó en los textos de Freud, habla de la figura obscena y feroz del superyó. El superyó en Freud es una función imposible de satisfacer, no es del orden: “Si se hace todo lo que quiere el superyó todo va bien”, al contrario el superyó nunca queda satisfecho.

Así es como emerge en los textos de Freud. Es una instancia que exige siempre más y no hay que creer que, dado el caso, alcanzar el éxito atempera el superyó. Freud lo dijo, no hay nada más peligroso en ocasiones que el éxito y reflexionó sobre aquellos que precisamente son destruidos por el éxito, el éxito puede muy bien ser inintegrable. Lacan habla al respecto de la gula del superyó, el superyó nunca está satisfecho. Efectivamente, porque la exhortación superyoica implica esta insaciabilidad, una imposibilidad intrínseca de satisfacción, Lacan formuló así el imperativo del superyó, el superyó no dice: “¡triumfa!”, el superyó, formula este imperativo imposible: “¡goza!”.

Descubrí esta mañana que en el español propio de Venezuela no hay una oposición entre placer y goce y que se utiliza la expresión “gozo” para decir tengo placer. Traten de admitir la diferencia entre placer y goce, en el sentido de Lacan. El goce está más allá del principio del placer y como tal es imposible de obtener en forma plena, y percibirán el humor que hay en el hecho de formular el imperativo del superyó como un imperativo de goce.

Freud, hay que decirlo, fue equívoco respecto a los procesos terapéuticos de la cura. El mismo, efectivamente, formuló en los textos

de los años 30, el proceso analítico como un proceso de alianza del terapeuta con el yo, pero, al mismo tiempo, se dio perfectamente cuenta de las desviaciones flagrantes que se producían en su teoría hacia 1935. Por eso los textos que escribió en 1937 y 1938 *Análisis terminable e interminable*, *Construcciones en psicoanálisis* y *El esquema del psicoanálisis*, se debaten con las contradicciones que acaban de manifestarse en forma masiva. La cura no consiste de ningún modo en lograr esta manducación progresiva del psicoanalista por el paciente, sino en lograr lo que Lacan llama, en otro sitio, el pacto originario del psicoanálisis. Es verdad que el psicoanálisis supone el consentimiento del paciente, que está basado en su libertad. Freud, cuando habla del caso de la joven homosexual, imputa los problemas que pudo encontrar en este análisis precisamente al hecho de que fue un psicoanálisis impulsado por su familia y no por su propia voluntad. La emergencia del sujeto supuesto al saber supone el respeto de la regla analítica. En este sentido, hay efectivamente pacto, alianza. Pero si traducimos esto por la manducación del paciente por el psicoanalista contra las fuerzas del instinto que se trata de reprimir y de vencer progresivamente, obtenemos por el contrario esta definición que preocupaba a Freud. Vemos a Freud en sus textos, admitir estas alianzas, pero al mismo tiempo diferencia completamente el psicoanálisis de la sugestión, en oposición a la inspiración de esta gente. En 1935, escribe, por ejemplo: "Puedo afirmar que nunca caí en tal abuso de sugestión en el curso de mi práctica". Dice en *El esquema del psicoanálisis*, que no es el mejor de sus textos, pero que lo muestra preocupado por esta desviación, especialmente en el Cap. VI *Técnica del psicoanálisis*: "si el paciente coloca al analista en el lugar de su padre o de su madre, le da también el poder que su superyó ejerce sobre el yo. Este nuevo superyó tiene ahora la ocasión de realizar una especie de post-educación del neurótico, puede corregir errores de los cuales los padres fueron responsables cuando lo educaban".

Así, admito que hay algo acertado en la posición que evoqué hace un rato, en el hecho de que el analista ocupa el lugar del Otro y que, a partir de allí, tiene efectivamente una posición de poder. Pero agrega Freud, "Se debe alertar acerca de su mal uso. Por grande que sea la inclinación del analista a convertirse en educador, en modelo y en ideal para otros, a crear hombres a su imagen, no debe nunca olvidar que ésta no es su tarea en la relación analítica y que

faltaría a su deber si se permitiese dejarse llevar por estas inclinaciones". Podemos entonces decir que los psicoanalistas no respetaron de ningún modo esta advertencia.

Voy a remitirlos a los textos que fueron publicados en 1950, en el *International Journal*, cuando los analistas hicieron un pequeño simposio a fin de intentar entender cual podía ser el objetivo final del psicoanálisis y verán ustedes que, con excepción de Melanie Klein, todos los que hablan en esta oportunidad formulan el objetivo del psicoanálisis didáctico como identificación del analista. Dicho de otra manera, el pecado que Freud precisaba en este texto: crear hombres a su imagen, podemos decir que los psicoanalistas lo cometieron.

El psicoanalista debe ser digno de la posición de poder que le da esta experiencia. Hay decía Freud, dos peligros para el psicoanálisis: los sacerdotes y los médicos. Porque desde el origen de los tiempos los sacerdotes y los médicos están en la posición de abusar del gran Otro, son las figuras más antiguas y más poderosas del sujeto supuesto al saber. Pero si el analista ocupa el mismo lugar, no debe usar el poder estructural de la relación de la misma forma. Por eso Freud libró este combate, lo que no impidió a los analistas, que se decían freudianos, echar este texto al olvido. Y uno de los combates de Lacan, uno de los combates que ganó en Francia completamente, y no solamente en Francia, es el combate por el "análisis lego".

Hoy en día en todas las sociedades francesas de psicoanálisis, hay no médicos aceptados, reconocidos por las asociaciones. Este combate no estaba ganado en 1953 y fue una de las causas de la primera escisión del movimiento psicoanalítico francés.

Lo interesante es que si no hay análisis sin el sujeto supuesto al saber, la función del sujeto supuesto al saber puede ser ocupada por cualquiera a partir del momento en que se establece la relación. No es necesario que este saber sea científico, basta que haya algo que sea "estructura de saber". Tomemos el ejemplo de la medicina: la medicina existió mucho antes de que el discurso científico existiese y encontramos, en las comedias de Molière, en su teatro, la figura del médico en tanto que sujeto supuesto al saber que no sabe nada.

Durante siglos, el médico se paseó así por el mundo. Durante un tiempo se pudo pensar que había un acuerdo entre medicina y ciencia, en el curso del siglo XIX, y todavía a principios de este siglo. Pero hay que saber que la medicina está quizás a punto de desaparecer comida por la ciencia. Hace poco tuve la ocasión de encontrar-

me y discutir, para la revista *Ornicar?* con el sucesor de Jacques Monod en el Colegio de Francia, quien es uno de los más destacados científicos franceses dedicados a la biología molecular y que está esperando, como los demás, recibir el Nobel, está en la buena línea de sucesión. Pues bien, él considera que los tiempos de la medicina han terminado, que a nivel de la biología molecular los problemas que los médicos se planteaban con su palabrería, tienen ahora, oportunidad de ser resueltos. A este nivel el médico aparece para él como un psicoterapeuta mediocre, que no actúa en el nivel molecular en el que los fenómenos tienen su realidad. Percibimos así la estructura del porvenir, podemos anticiparlo: por un lado los especialistas de la estructura molecular, por otro los psicoanalistas, entre los dos, nada. Este es el paisaje que se está dibujando.

Tenemos el testimonio en el texto mismo de Freud, en lo que algunos imaginan fue su autoanálisis, de que el saber científico no sea necesario para producir el efecto de sujeto supuesto al saber. Freud no hizo autoanálisis, porque lo que analizó de sus formaciones del inconsciente, lo hizo durante mucho tiempo, como saben, en referencia a un sujeto supuesto al saber encarnado en la figura de su amigo Fliess. No se entiende como Freud, que era espíritu científicamente tan preciso y minucioso, pudo apasionarse por las teorías de Fliess, que eran teorías delirantes. Como ustedes saben, Fliess construyó un sistema, absolutamente demente, fundado en la nariz. Lacan lo llama por cierto el "rascador de narices" y publicamos en la colección de Lacan, que se llama el Campo Freudiano, una traducción del libro de Fliess. Lo releímos en detalle: es un saber completamente elucubrado que Freud respetó durante años. Ustedes saben que esta relación analítica con el sujeto supuesto al saber Fliess, se rompió, efectivamente, y que Fliess luego conoció episodios que podemos calificar de psicóticos.

Aquí tenemos el estatuto del sujeto supuesto al saber en tanto que diferente de la ciencia y el estatuto médico, como dice Lacan, es desde siempre un estatuto de mistificación, es tan sólo desde el matrimonio reciente de la medicina y la ciencia, que el médico ha podido escapar a la mistificación, pero el médico es una figura muy antigua en la historia, que precede en mucho a la aparición del científico. Esta figura del médico científico quizás desaparecerá ya que la ciencia parece seguir otro camino.

Entonces, dice Lacan: "esta mistificación del sujeto supuesto al

saber", cito exactamente, "ha abierto el lugar donde el psicoanalista desde entonces se colocó". Esto no debe tranquilizar a los psicoanalistas, porque la impostura está siempre próxima a la experiencia analítica: en cuanto el psicoanalista se identifica al sujeto supuesto al saber, cae, igualmente, en la mistificación. Pero el psicoanalista tiene muchas dificultades para mantenerse en los límites de su experiencia y en los límites de lo que puede saber por intermedio de la palabra. Por eso muchas veces recurre a cualquier saber para tapar esta hiancia, esta apertura que el lenguaje lleva consigo. También, como decía la última vez, en ocasiones puede buscar la sustancia de su experiencia, sustancia evanescente en el lenguaje, puede buscar esta sustancia hasta en el feto.

Hay con todo un sentimiento justo en esta elucubración, que vale lo mismo que la de Fliess; el sentimiento de que después de todo la estructura no se puede deducir, siempre se debe considerar que ya está allí.

Melanie Klein, por ejemplo, proyectó la estructura en los primeros años de vida. Siempre podemos decir: ¿qué puede ella saber de eso? Hacía hablar al lactante como un filósofo. Pero de hecho, si Lacan siempre fue favorable a Melanie Klein, es porque ella tenía el sentimiento justo de que la estructura estaba siempre allí desde el origen. Se puede retroceder el origen y decir que la estructura está en el feto, pero pienso que hay que dejarle la ciencia del feto a los que tienen los aparatos adecuados para observar verdaderamente el nacimiento de la vida, los biólogos, a los que tienen opiniones completamente precisas sobre el papel de la estructura nerviosa a partir del nacimiento. Que yo sepa el psicoanalista no es un radiólogo, no observa el fondo de ojos, no hace tomografías. La última vez hablabamos del lenguaje visual y es cierto que soñamos. Cuando soñamos sabemos como es para nosotros y pensamos que es igual en los demás, es decir que vemos imágenes. Lo que interesa al psicoanalista, lo que interesó a Freud en la ciencia de los sueños, es el relato proporcionado por el paciente de su sueño, nunca se fascinó por una realidad subjetiva que por definición no puede ser visualizada; por el momento no podemos visualizar los sueños de otro. En los relatos de ciencia ficción se logra, pero en la experiencia psicoanalítica es por intermedio del relato verbalizado del paciente que es posible un análisis. También hay una ciencia que se ocupa del durmiente, que cubre su

cuerpo con electrodos y que establece las distintas y diversas variaciones de su cuerpo durante la noche.

La teoría del psicoanálisis, de la experiencia analítica, se refiere esencialmente a su comienzo y a su final. Como dice Freud, el desarrollo mismo de la partida es sumamente variable y, como en el ajedrez, lo que es estructurable es el comienzo y el final. Lacan, por cierto, retoma esta comparación y dice, el psicoanálisis es como el ajedrez, hay aperturas y desenlaces, en el medio las combinaciones son demasiado múltiples, son demasiado particulares y no se puede hablar de ellas en la misma forma.

El sujeto supuesto al saber en el sentido de Lacan, es la estructura de apertura de la partida, de la entrada en juego, y la cuestión es la del final de la partida. Vemos claramente como dan el final de la partida los psicoanalistas anglosajones: es la identificación al analista, es el momento en que el superyó obscuro y feroz ha finalmente consumido al paciente, es el análisis que podríamos llamar canibal. Esto explica por qué los analizantes de un mismo analista terminan por parecerse. De acuerdo al principio que Freud expuso en el capítulo VIII de *Psicología de las masas y análisis del yo*, si varios ponemos al mismo objeto en el lugar del Ideal del yo, todos nos parecemos en un rasgo esencial.

Frecuento a los psicoanalistas desde hace tiempo en Francia y puedo decir que esto es cierto, con un poco de práctica en el caso de ciertos analistas, se reconoce a los pacientes que “analizaron”, entre comillas, se los reconoce como si llevaran un uniforme, por un rasgo. Hay un analista del cual puede decirse que el resultado de su cura es una inflación sumamente extraordinaria del narcisismo de su paciente, una agitación verdaderamente específica. Encontrándome con un recién llegado a los alrededores de la Escuela Freudiana que yo no conocía, he llegado a pensar: “éste debe ser un analizante de fulano de tal” y así era. Por cierto, tuvo la feliz idea de ir a lo de Lacan después y debo decir que esta inflación, verdaderamente especial, esa demanda constante de atención para su persona, una vez en análisis con Lacan se desinfló. Era incluso visible externamente. Ciertamente debió pasar momentos difíciles. La identificación con el analista al final del análisis, es el omega de la teoría analítica tal como ella se fijó en 1930.

Quisiera hacer aún dos observaciones: primero que el analista tiene la función de garantizar la experiencia analítica, es decir que

interviene legítimamente en tanto que Otro, en tanto que amo, maestro cuando se trata de mantener el marco de la relación analítica, y que en el seno de este marco es el paciente quien realiza un trabajo, una tarea que toma tiempo. El acto en tanto que simbólico corresponde al psicoanalista, consiste en plantear el axioma: “todo tiene una causa”. El trabajo, la producción están del lado del analizante.

Lacan siempre promovió la importancia del silencio del analista, quien no debe considerar que la interpretación debe duplicar constantemente el discurso del paciente, no se trata de yuxtaponer un segundo texto al primero y descifrar todo, precisamente porque el poder de la interpretación es enorme. Debe medir exactamente el peso de cada una de sus palabras.

Aquí sería demasiado largo desarrollar la teoría de la interpretación de Lacan, pero él considera que uno de sus vectores, sumamente importante, como constitutivo de la transferencia, es el tiempo, que el tiempo en sí mismo es una modalidad de la transferencia, como lo dije al principio, es una variable interpretativa.

Si enfocarnos la relación analítica como una relación dual entre un analista y un analizante que están en posición recíproca, entonces es necesario un gran Otro que fije el encuadre de la situación, se requiere una gran Otro, que es el ídolo reglamentario y a ello se debe ese superyó parásito, para retomar la expresión de Sandor Rado. De este superyó parásito, los psicoanalistas hicieron, entre todos, un gran síntoma mundial, la Asociación Psicoanalítica Internacional, cuya presencia debía marcarse en la relación analítica misma, pues prescribía la duración, el número de las sesiones y porque era, efectivamente, el sujeto supuesto al saber lo que es el psicoanálisis. Es un recurso, hay que decirlo de debilidad, que los psicoanalistas han construido porque carecían de la experiencia misma de esta posición del Otro, porque en tanto que analistas eran insuficientes para asumir esta posición.

Estos son evidentemente puntos que habría que desarrollar. Sé que hay aquí psicoanalistas vinculados con la IPA. Simplemente, es así como concebimos y experimentamos a la IPA.

El segundo punto, que merecería por sí solo un largo desarrollo, es el final del análisis. El análisis de la transferencia consiste en descubrir que no hay, en sentido real, sujeto supuesto al saber. Esto es lo que constituye el deseo del analista, deseo muy singular que Freud localizó en un momento de la historia, el deseo del analista de no

identificarse al Otro, de respetar lo que Freud, en su lenguaje, llama la individualidad del paciente, de no ser un ideal, un modelo, un educador, sino dejar libre campo a la emergencia del deseo del paciente.

Hay algo allí que podría semejarse a una ascesis, y vemos bien que los psicoanalistas, que se protegen del discurso psicoanalítico, tomaron el camino exactamente contrario, el de proponerse como ideales y modelos. Vean los textos. En cambio, Lacan está muy cerca de Melanie Klein cuando ella formula que el final del análisis posee un carácter depresivo que muestra en cierta forma que debe ser relacionado con la pérdida del objeto. La pérdida del objeto, el duelo del objeto, cómo es simbolizado en el psicoanálisis mismo sino por el rechazo, el abandono del psicoanalista.

Al respecto, es el psicoanalista quien representa el residuo de la operación analítica y Lacan elaboró esta teoría que hace del psicoanalista el desecho de toda la operación y, al mismo tiempo, la causa que desde siempre animaba el deseo del paciente. Es esto lo que Lacan formuló así escribiendo:

$$\frac{a \rightarrow \S}{S_2 // S_1}$$

El § es el sujeto que habla, el analizante, que habla a partir de la posición del psicoanalista ¿Con la ambición de producir qué? Precisamente el significante que Lacan llama el significante-amo, S_1 a partir del cual justamente el sujeto está en posición de ser gobernado. Lejos de instalar al significante-amo en la posición de dominante, Lacan formula la experiencia analítica como el rechazo, la escupida por parte del sujeto de su significante-amo. Es por lo tanto en términos exactamente contrarios a los de la introyección como Lacan formula la experiencia analítica, si se quiere en términos de deyección o en términos de exclusión. Entonces, esta renuncia al dominio en el psicoanalista es perfectamente enigmática. ¿Cómo pudo elaborar Freud, poner a punto este deseo de no dominio que, podemos decir, es inédito en la historia? Es, efectivamente, porque este deseo es inédito que los psicoanalistas han renunciado a él, que se imaginaron como superyó, como figura exaltada del amo. La grandeza del psicoanalista, en el sentido de Lacan, es, por el contrario, consagrarse a permanecer en el lugar de desecho. Concluiré pues con esta paradoja.

NOTAS

¹ - J. Lacan, "Función y campo de la palabra", *Escritos*, I, Siglo XXI, p. 126

² - *Ibid*, p. 125

³ - *Ibid*, p. 125